



## EL CINCUENTENARIO DE ISIDRO FABELA. DESDE EL OTRO LADO DE LA BARRICADA

POR EL LIC. NEMESIO GARCÍA NARANJO,  
(periodista y escritor)

Dos meses antes de que se efectuaran las últimas elecciones federales, un grupo de discípulos, amigos y admiradores del licenciado Isidro Fabela tuvo la gentileza de pedirme unas cuantas cuartillas para juntarlas con muchas otras que ya se habían escrito, y ofrecerlas al referido caballero con motivo de su jubileo de oro con el título de abogado. Con todo gusto acepté al honroso encargo, pero sin sospechar entonces que Fabela iba a recibir un homenaje que por sí solo justifica la celebración del cincuentenario.

En efecto, el 6 de julio se presentó don Adolfo López Mateos en la casilla electoral que le correspondía, y teniendo que votar por alguien, escribió en la boleta el nombre de don Isidro que, en su opinión llenaba todos los requerimientos para ocupar la Presidencia de la República. Con este tributo que le rindió públicamente el mexicano que habrá de conducir los destinos del país durante los próximos seis años, completó Fabela una carrera limpia y ejemplar: no recibió más que un voto; pero es de tan alta calidad que basta para consagrarlo como uno de los ciudadanos máximos de México.

Delante de esa muestra de estimación tan excepcional, ¿qué importancia puede tener lo que yo diga del medio siglo que se está festejando? Sin embargo, como yo no quiero que esta consideración se tome como una evasiva; sino por lo contrario, deseo que mi ofrenda sea efectiva, debo comenzar por decir lo que sabe todo México, esto es, que desde el año de 1910 dejé de estar vinculado con don Isidro Fabela, por el mismo credo político y social.

El tomó un camino y yo seguí la ruta opuesta; él vio el paisaje de México de una manera, mientras que yo recibí del mismo panorama, impresiones muy diferentes. En vista de esa diversidad de pareceres, quedamos colocados en bandos rivales. Y espero que esta circunstancia pueda servir para aquilatar mejor la humilde reverencia que me complazco en ofrecerlo.

Hace alrededor de cuatro años, murió en la ciudad de Madrid mi inolvidable maestro y amigo don Rodolfo Reyes, y la Asociación Nacional de Abogados organizó una solemne velada fúnebre en su honra; y probablemente por la sugestión benévola del licenciado Luis Rubio y Siliceo, se me pidió que pronunciara el panegírico; y yo comencé mi oración de la siguiente manera:

“El único título que puedo presentar para hacer el panegírico de Rodolfo Reyes, es el de haber sido su adversario. No trato de sorprenderos con una paradoja; todo lo contrario, me parece obvio, que la mejor manera de conocer a un hombre es cruzar las armas con él. Para medir la grandeza de Héctor, el príncipe troyano, fue necesario la inspiración huracanada del más grande de los poetas de Grecia; para apreciar bien el genio de Aníbal, fue menester la ponderación y la medida de los historiadores romanos; y aquí en México, fueron los conmovedores testimonios de Bernal Díaz del Castillo y de Hernán Cortés quienes nos hicieron ver la sublimidad deslumbrante de Cuauhtémoc.

Claro está que no pretendo ser un Homero ni un Polibio ni un Bernal Díaz del Castillo; pero sí creo encontrarme en las mismas circunstancias de ellos, cada vez que clavo mis pupilas en el campo rival. Fui adversario de Rodolfo Reyes en 1903, cuando su padre fue candidato a la gubernatura de Nuevo León por penúltima vez; lo volví a ver en 1909 cuando se planteó la lucha tremenda por la vicepresidencia de México; y finalmente, volvimos a encontrarnos en bandos adversos el año de 1913, cuando se dividió la revolución militar que había derrocado al gobierno de don Francisco I. Madero.

¿Tres veces adversario? Más, mucho más porque aún no cumplía yo tres años de edad cuando se efectuaron en Nuevo León los acontecimientos que me obligaron a ser antirreyista. Tenía que serlo porque me lo demandaba el orgullo regional, porque me lo exigían los blasones de mi estirpe, porque de no haberlo sido, ha-

brían caído sobre mí los fulminantes anatemas de Lampazos, la tierra de los Zuazuas y los Naranjos.”

Claro está que mi distanciamiento de Isidro no tuvo ni la décima parte de la trascendencia que trajo la querrela prolongada que me separó por muchos años de Rodolfo Reyes. Fabela y yo estábamos en campos distintos y eso era todo. Recuerdo que en 1925, publicó un artículo sobre el asalto de Veracruz (21 de Abril de 1914) y pareciéndome injusto, procedí a refutarlo. Luis Cabrera intervino en aquello que pudo ser una polémica y yo me aproveché de esa intervención para desviar el debate y sustituir al adversario. ¿Por qué? Porque en el fondo, yo no quería combatir personalmente con Fabela, como él tampoco experimentaba placer en cruzar sus armas con las mías. Los dos recordábamos los días amables pasados en la vieja Escuela Nacional de Jurisprudencia en donde habíamos sido amigos en el sentido más sencillo de la palabra: amigos ligados por el cariño y por sentir ambos la atracción irresistible de las letras.

Sin embargo, por más sinceros que fuesen el afecto personal y la camaradería literaria, es evidente que durante los años intensos de la Revolución, fuimos soldados de ejércitos rivales y por tanto, tuvimos que ser adversarios. Yo estaba profundamente resentido con todos los revolucionarios en conjunto, lo que se explica muy fácilmente porque me hicieron sufrir 18 años de destierro. A Dios gracias, no se me amargó el espíritu para siempre, como parece probarlo este mensaje de felicitación entusiasta que le envió a Isidro Fabela desde el otro lado de la barricada.

No voy a seguir paso a paso la vida de Fabela, porque su ascensión a las más altas jerarquías de la política, la diplomacia y la cátedra universitaria se efectuó cuando yo me encontraba en el ostracismo. Y como estoy seguro de que no faltará quien lo haga con más autoridad que yo, prefiero evocar un episodio de su vida estudiantil, que fue el punto de partida de su larga carrera intelectual.

Conocí a Isidro en el año de 1903, cuando llegué a México a inscribirme en el primer curso de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Fabela estudiaba el segundo año y por lo mismo, no tuve el gusto de alternar con él en las clases de Derecho. No nos veíamos en las cátedras, pero sí fraternizábamos en los corredores, hablando de los que fueron dioses literarios, en la primera década

del presente siglo: Enrique Ibsen, Gabriel d'Annunzio, Oscar Wilde, León Tolstoy, Eca de Queiroz, Anatole France, Benito Pérez Galdós, etc., etc., etc.

También por la devoción que me inspiraba la Belleza inmortal, buscaba a todos aquellos que sin ser mis compañeros de curso, contemplaban "las nubes que pasan", como el extranjero de que habla el poeta Baudelaire. José María Lozano me arrastraba con su elocuencia arrolladora; Antonio Caso —que ya era un filósofo— me seducía con su disciplina espiritual; Ricardo Gómez Robelo coincidía conmigo en el culto de Shelley y de Keats. Y por motivos iguales o muy parecidos, desfilan por mi memoria los recuerdos de Raúl Armando Esteva, Alfonso Teja Zabre, Hipólito Olea, José Joaquín Gamboa, Alfonso Gravioto, Alejandro Quijano, Genaro Fernández MacGrégor y de muchos otros más. Después de medio siglo, sólo me llega de aquel pasado encantador, un ruido vago como de mar distante, un resplandor fugaz como de estrella perdida, un perfume acre como de rosa muerta...

En uno de aquellos días luminosos, Isidro Fabela me apartó de un corrillo estudiantil para decirme que deseaba leerme un cuento que iba a presentar en un certamen abierto por "El Mundo Ilustrado". Aquella confidencia era muy natural porque yo le había leído los sonetos que presenté en el torneo convocado por el Liceo Altamirano para celebrar el tercer centenario de la aparición del primer tomo del Quijote. Escuché muy atentamente la lectura y felicité a Isidro muy sinceramente por su trabajo, y lo animé para que participara en el concurso. Dos o tres semanas después apareció en *El Imparcial* la noticia de que Fabela había ganado el primer premio, y de que Santiago Méndez Armendáriz —el simpatiquísimo Chano Méndez— figuraba en segundo lugar. Naturalmente, se planteó entre los estudiantes —que siempre andaban discutiendo—, cuál de los dos cuentos era el mejor. Lo mismo sucedió después de la velada que organizó la Escuela para glorificar la memoria de don Jacinto Pallares, y en la que recitaron sendas poesías, Nacho Bravo Bentacourt y Eduardo Colín: se trabaron infinidad de polémicas para definir cuál de las dos composiciones había sido la más bella e inspirada. ¡Cosas de muchachos que en todo encuentran motivos de controversia!

Volviendo a los cuentos que premió "El Mundo Ilustrado", debo confesar que aunque quise mucho a Chano y me encantó su

historia sentimental, no por eso dejé de ver que el veredicto del semanario, es decir, de Luis G. Urbina, había sido irreprochable. En otras palabras, el cuento que tituló Fabela *En el Establo* mereció el supremo galardón.

No se vaya a creer que los debates estudiantiles de entonces eran interesados o reflejaban envidia, mala fe o miseria moral: se argumentaba con mucho ruido y disparando ironías impregnadas de travesura; pero las tesis que simulaban incendios, conducían siempre a un desenlace de carcajadas. Aquel capítulo fue el más dichoso de mi vida y estoy casi seguro de que también fue el más feliz en la existencia de Fabela. Vinieron después, años de lucha, y los rumores armoniosos se convirtieron en gritos destemplados y hasta estridentes; la pereza voluptuosa cedió el sitio a una acción borrascosa e infatigable; los temas estéticos fueron destronados por las cóleras cívicas que se enseñorearon de todas las almas. . . Y aquel pretérito lleno de fantasías quedó sepultado en un sarcófago sobre el cual se antoja burilar las palabras melancólicas del poeta Whittier: "Pudo haber sido."

Aquella generación terminó como esos ríos que, al igual del Orinoco, se acercan al océano rompiendo su corriente caudalosa en diversos caños, para dibujar con sus distintas desembocaduras, un espléndido abanico; pero ha dejado un espíritu que no muere ni puede morir, porque la juventud de la primera década de este siglo, en el polo opuesto de un club político, o de una sociedad mercantil, o de una cofradía religiosa. Sus componentes eran libres y preferían la indisciplina anárquica a cualquiera forma de sumisión mental.

El ejemplo más edificante de colocar el espíritu arriba de las divergencias doctrinarias, lo suministraron al mundo los maestros de la novela española, don Benito Pérez Galdós y don José María de Pereda. Don Benito fue un liberal típico del siglo XIX que solía invadir hostilmente la jurisdicción de la Iglesia Católica, mientras que don José María era conservador ultramontano y hasta con perfiles arcaicos de carlismo. Y sin embargo, todos los motivos que tenían para antagonizar se desmoronaban frente al recíproco aprecio y al afecto puro que no se dejó destruir por las desavenencias. Galdós se quejaba de que Pereda echara pestes sobre lo que le era simpático; pero añadía que su tesón, su firmeza y la noble sinceridad con que defendía sus ideas, informaron a sus ojos de tal

modo el carácter de Pereda, que no se lo podía imaginar de otro modo, ni lo deseaba porque se podría desfigurar su vigorosa personalidad.

Iguales antagonismos separaron siempre a Anatole France y a Charles Maurrás, pues mientras el primero era descreído y gustaba de divertirse con las cosas más serias, el segundo fue un dogmático recalcitrante, esclavo de la tradición y sin la menor flexibilidad espiritual. Sin embargo, cuando murió Anatole France, Maurrás le dedicó una serie de artículos que se publicaron en *L'Action Française* en los que lo proclamó como el conservador excelso de la lengua francesa.

Una postura intelectual que se inspira en estos nobles paradigmas, es lo que más aprecio en Isidro Fabela. Porque defiende su credo revolucionario con ardor (y allí están para probarlo los panegíricos que le dedica a don Venustiano Carranza y a don Lázaro Cárdenas); pero al mismo tiempo, sabe inclinarse ante los idearios que antagonizan con el suyo. Su credo evoca el de Voltaire que le decía a un adversario: Repruebo todas tus ideas, pero ten la seguridad de que defenderé hasta la muerte, tu derecho para exponerlas.